

## MARRUECOS EN LA ALIANZA PENINSULAR

Antonio Sardinha nació en Monforte de Alentejo en septiembre de 1887; se doctoró en Derecho en Coimbra el 25 de julio de 1911; fué director de *A Monarquia* y diputado monárquico bajo la presidencia de Sidonio Paes en 1918; estuvo exiliado en España por motivos políticos desde enero de 1919 a mayo de 1921; murió en Elvas en 9 de enero de 1923, a los treinta y siete años. Sardinha escribió mucho sobre temas diversos, pero su genio proyectó claridades definitivas sobre un tema que sería objeto de un proceso de elaboración a través de estudios, trabajos de prensa, conferencias, para culminar en su obra tan conocida y cada día más admirada, *La Alianza Peninsular* (1), aparecida en Oporto en 1924, pocos meses antes de su muerte, e ideario fundamental de la Hispanidad en ese aspecto de nuestras relaciones con Portugal.

Sardinha empezó a publicar desde 1908, reuniéndose y clasificándose sus publicaciones, más de una veintena, en tres grandes grupos: poesía, historia nacional, filosofía política y crítica de las ideas, y estudios peninsulares. Su obra cumbre fué *La Alianza Peninsular*; su tesis, como se sabe, es la fe en el destino peninsular; la necesidad de despertar a la Península de su

---

(1) *A Aliança Peninsular*. Antecedentes y posibilidades. Prefacio de D. Gabriel Maura Gamazo, Conde de la Mortera (Oporto, 1924); 2.ª edición (Oporto, 1930).—*La Alianza Peninsular*. Prólogo de Ramiro de Maeztu. Traducción del Marqués de Quintanar, Conde de Santibáñez del Río (Madrid, 1930); 2.ª edición (Segovia, 1939), traducción y prólogo del Marqués de Quintanar. Universidad Popular Segoviana. (Acción Española.)

adormecimiento para que recobre el sentido justo de su vocación universal, y ello a través de la *alianza peninsular*, expresión concreta y rica de contenido, en oposición al *iberismo*, "palabra caótica y confusa". Una *alianza peninsular* realizada a través de una rehispanización de los pueblos hispánicos de Europa para hermanarlos en la conciencia de nuestra común misión histórica que conduzca a la unidad magnífica del genio peninsular, garantizada e individualizada por su evidente dualismo que tiene manifestaciones tan auténticamente diferenciadas, en su unidad, como el *Sebastianismo* y el *Quijotismo*. Y materializado aún más el concepto, en evitación de todo equívoco: dos pueblos que se mantengan libres en su gobierno interno, aunque unidos militar y diplomáticamente para la defensa común.

Sardinha hacía síntesis y realización feliz unas ideas en las que le habían precedido otros grandes pensadores portugueses: Oliveira Martins, Eça de Queiroz, Monis Barreto, Guerra Junqueiro..., y por ello *La Alianza Peninsular* ha llegado a ser, más que el acierto de un escritor y el reflejo de su talento, un verdadero *ideario peninsular*, como fuera, respecto a América, la *Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maeztu. Es por ello de interés analizar, a través de las páginas de Sardinha, un tema de tan alta trascendencia nacional como el de Marruecos.

\* \* \*

La llama de la fe que ilumina todo el pensamiento peninsular de Sardinha es su mito favorito del Rey Don Sebastián: "el mito asombroso del *Encubierto*, eucaristía admirable de la esperanza"; "el mito del *Encubierto*, del lirismo, brotó solamente como un alerta permanente de esperanza"; el mito del Rey Don Sebastián, del que Eça de Queiroz había de decir "nuestro héroe genuino, y esto lo resume todo, es el poético y pensativo Don Sebastián". Cuando la derrota sangrienta de Alcazarquivir (1578), el pueblo portugués, que veía en la muerte del Monarca la pérdida de su independencia, no quiso creer en ella y mantuvo siempre la esperanza de que Don Sebastián no estaba muerto y de que un día desembarcaría en Portugal para devolverle su libertad y su grandeza; esa esperanza, calando en el sentimiento popular, llegó a borrar todo límite prohibitivo de cronología;

era algo divino que no podía, por ello, admitir limitaciones humanas. Y ése es el sueño de Sardinha respecto al Portugal de nuestros días: que con igual fe espere hoy descubrirse a sí mismo, cierto de que ese descubrimiento lo sacará de su apatía y lo salvará (2).

Cuando logre descubrirse a sí mismo se le aparecerá claro en sus contornos precisos "el Imperio de Occidente entrevisto por Felipe II, o sea, el "Quinto Imperio" de nuestro mito sebastianístico". "Imperio de Cristo, Imperio de Occidente o "Quinto Imperio" de la religión sebastianística, es el tema permanente, el *leit motiv* eterno de la epopeya de Camoens". "Felipe II, abandonando a su tío el Imperio austríaco, el anacrónico y embalsamado Santo Imperio, se encaró con el porvenir entregándose con firme ánimo a la seducción, ya bosquejada, de un gran Imperio de Occidente. No era el delirio de un cerebro poblado de falsos megalománicos espectáculos. Sin salir del huerto familiar, ésta es la aspiración vehemente que se agita en el poema de Camoens, personalizada en Don Sebastián "maravilla fatal de nuestra edad". El Galaez lusitano se perdió en los arenales de Alcazarquivir. Pero la sonoridad de los endecasílabos de Epiro daba un eco más fuerte que el huracán de la desgracia. Por cierto que Camoens ni suscitó ni amparó el advenimiento de Felipe. Pero alimentó sin duda la quimera imperialista que abrasa a los portugueses y que no floreciendo en Africa a la sombra de las Cinco Quinas, floreció en el Quinto Imperio del mito Sebastianista...

"Nadie hasta ahora pensó en ligar al imperialismo que rebozan, una a una, las octavas de bronce de *Os Lusíadas*, la creencia mística en la venida del Encubierto, que nos proporcionaría

---

(2) Sobre *La leyenda del Sebastianismo* ver en esta misma REVISTA (volumen VII, año 1944, pág. 163). De este trabajo hizo tirada aparte el "Instituto de Estudios Políticos" (Madrid, 1944).

Ver también, y aparte otras referencias en distintos lugares de este trabajo, las páginas 277 a 282 (escritas en 1922) del libro de Sardinha: *A Larçira de Castela* (Lisboa, 1944). Este libro, que se publicó en Lisboa en 1944 y forma parte de la serie *Estudios Peninsulares*, del gran hispanista, reúne artículos, discursos, etc., de Sardinha, escritos especialmente en el período de 1919 a 1921 en que estuvo exilado en España; por ello no aporta ideas nuevas a las contenidas en *La Alianza Peninsular*, pero en muchas ocasiones las precisa o amplía útilmente.

la diadema imperial del universo. Cupo a *Felipe II el intentar por los directos procesos de la política* lo que para la mayoría de los portugueses, a la inopinada hora de la catástrofe, se refugió en el manso desvarío de una íntima combustión lírica."

Estas ideas, tan claras y precisas, habrían de ser deformadas por la leyenda negra. Sardinha lo expone así: "Víctima de una calumnia secular que la crítica histórica sólo ahora comienza a deshacer, la leyenda negra en que se envuelve la personalidad de Felipe II desvirtúa obstinadamente las intuiciones que determinaron al Austria, siempre reflexivo y prudente, a atacar a Inglaterra dentro de su propia casa. Oigamos a este respecto un testimonio lleno de autoridad, por venir de alguien que no es pródigo en predilecciones españolistas:

"Todo el mundo conoce la forma simplista con que entre nosotros son generalmente presentados y apreciados los fenómenos de la historia de Portugal. Don Juan II pasó la vida mirando las hogueras de la Inquisición. Don Sebastián, fanatizado por los jesuítas, llevó al país a Alcazarquivir; más tarde, Don Juan V vive entre Odiveles y Mafra, y el país oscila entre la Inquisición y los jesuítas, hasta que el Marqués de Pombal lo libró de todo esto" —escribe en su monografía *O Ultramar português* el consejero Ayres de Ornelas—. Pero quien hoy se dedica al trabajo de estudiar o pretender estudiar la historia patria no se contenta con esta filosofía, bebida en la fuente *imparcial* de la "deducción cronológica". Llega, por ejemplo, a la conclusión de que la política marroquí de Don Sebastián era no sólo la verdadera y tradicional política portuguesa, sino que representaba la reacción contra el abandono de las plazas de África, iniciado en el reinado anterior. Camoens, uno de los más libres y esclarecidos espíritus del Renacimiento, una de las más poderosas inteligencias de su tiempo y el más genuino representante de la tradición nacional, defendió, preconizó y hasta impulsó esa política en estrofas inmortales. Y nadie piensa que fuese jesuíta o inquisidor. Del mismo modo el proyecto de la conquista de Inglaterra, concretado, por decir así, en la Armada Invencible, es atribuído muchas veces al *fanatismo* de Felipe II, que quería convertirla a viva fuerza al Catolicismo; pero como ese proyecto representa de hecho la consecución natural de la política española, en relación con Inglaterra, y como esa polí-

tica tendía, sobre todo, a mantener ileso el poder naval de la Península, cabe aquí exponer naturalmente, aunque en términos muy resumidos, lo que ella era y lo que había sido" (3).

Para Sardinha, el *Sebastianismo* en Portugal constituye con el *Quijotismo* en España manifestaciones auténticamente definidas en *la unidad magnífica del genio peninsular*. Es éste tema de su preferencia, que toca repetidas veces a lo largo de su obra: "No se extrañará, pues, que el *Sebastianismo* marque con relación al alma lusitana lo que el *Quijotismo*, en igual alto y dramático sentido, marca en relación al alma castellana." "En el *Sebastianismo* se condensa, por lo expuesto, la filosofía innata del alma portuguesa, como la del alma española se sintetiza en la esencia dolorida del *Quijotismo*, toda imbuída de un extraordinario y conmovedor sentido patético."

Y en otro pasaje: "He aquí por qué el *Sebastianismo* se nos evidencia agarrado por todas sus raíces a aquella rara delicadeza emotiva —de "lánguido discreto" la califica el Sr. Menéndez Pidal— que distingue a gallegos y portugueses —insisto— dentro de los demás grupos nacionales de la Península. Nos esforzaríamos en vano si pretendiésemos sorprender en el *Romancero* la línea genealógica del *Encubierto*. El *Encubierto*, producido como creación colectiva en condiciones anónimas análogas a las de las diversas gestas castellanas, guarda consigo inalterablemente la fisonomía del espíritu social que la engendró y tornó posible. Es un héroe de leyenda, sí, resplandeciente de bravura y de victoria; pero un héroe paternal, que surge solamente para restituir a su pueblo en desgracia la grandeza y la libertad perdidas. En él se expresa, y en términos de identificación in-

(3) El Rey Don Sebastián murió (1578) a los veinticuatro años, en la batalla de Alcazarquivir, batalla del Mejazen o batalla de los tres Reyes (Abd-el-Malek —el Muluco—, Sultán de Marruecos; Abu Abdallah Mohamed —el Negro—, pretendiente al Sultanato, ayudado por el Monarca portugués, y Don Sebastián; los tres perecieron en la batalla), que con estos tres nombres es conocida. La muerte de Don Sebastián determinaba la unión de Portugal y de España bajo el cetro de Felipe II y con ello la posibilidad entrevista por el Monarca castellano del Imperio de Occidente.

Camoens, el poeta nacional portugués, cantor de las grandezas del genio peninsular, vivió de 1524 a 1580. Oliveira Martins llamó a *Las Luisiadas* "El testamento de España".

mediata, aquella modalidad psicológica que en el *Amadís* impresionaba tanto al ilustre Menéndez y Pelayo al reconocerle tan diverso de los férreos guerreros de la epopeya medieval del centro de la Península. Es ésa otra fibra, la fibra de una raza conquistadora, partiendo para la derrota del enemigo a través de los yermos infinitos, donde la luz cruda del sol produce alucinaciones. ¡Son ya las caminadas que después Don Quijote galoparía!

”Por el contrario, en el *Encubierto* palpita la aspiración nativa de una grey, fuertemente atada al suelo, a cuya imagen y semejanza desea vivir y morir. Rescatador de los lares y de los altares, es ésta la misión señalada al *Encubierto*, quien no vaga por los caminos secos y ardientes detrás de un ideal abstracto de justicia y magnanimidad. Compárense bien de cerca las dos figuras, la de Don Quijote y la del Deseado (4). En seguida se notará que el primero es espectro de caballeros andantes, sólo comprensible bajo el cielo abrasado en la hoguera viva de los páramos interminables de la Meseta, mientras que el segundo, recibido en brumosa mañana en los arenales dorados de Portugal, traspone la curva misteriosa de las aguas, embebido tal vez en el arrobamiento místico de la *Demanda do Prestes Joham*. De conformidad con lo expuesto, dos *ethos* se nos aparecen así, definiendo las diferencias que individualizan, ya históricamente, a Portugal y a Castilla. Que individualizan, pero no separan (señálese), porque de la justa colaboración de ambas patrias, cada una en la plena autonomía de su personalidad, es de donde resultó lo que sin mengua para ninguna se puede y debe llamar “civilización hispánica”.

”Entendidos de este modo el *Sebastianismo* y el *Quijotismo* como reglas de pensar y de sentir, prontamente se adueña de nosotros la visión de la unidad peninsular en aquel significado moral y cultural en que es imperioso tomarla. No se niega con ello —enérgicamente lo repito y afirmo— lo que es propio e inalienable, tanto del alma castellana como del alma portuguesa. Portugal es el *Cancionero*, es la poesía lírica, es el *Encubierto*, es la vocación marítima, es la novela del amor. A su vez, Castilla

(4) El Conde de Gobineau, preocupado con sus etnicismos místicos, consideraba al *Amadís* como la flor más elevada de la idealidad humana.

es la vocación terrestre, es el *Romancero*, es Don Quijote, es la novela de costumbres, eternizada en sus varios Lazarillos, Alfarraches y compañía. Histórica e ideológicamente, corresponden, pues, a una unidad ultranacionalista, que no podría existir ni completarse nunca sin la independencia de esos dos aspectos inconfundibles. ¡En ellos reside el secreto (5) inmortal del alma de la Península, gotcando siempre, como la simbólica granada, su fuerte y generosa sangre, para que de la faz del mundo no desaparezcan ni los supremos arrojos ni las grandes aspiraciones!" (6).

Por curiosa coincidencia, ese mito del *Sebastianismo*, tan amado de Sardinha, nace precisamente en Marruecos, donde en 1578 sucumbe el Rey Don Sebastián con lo mejor de la nobleza peninsular en los campos de Alcazarquivir, a orillas del Mejazen, cuando trata de realizar su sueño de iluminado, de conquistar para el Cristianismo el Mogreb-el-Aksa (7). Don Sebastián ha

---

(5) Fijándonos en la manera cómo en el *Quijote* se trata al *Amadís*, podemos admitir que el hidalgo manchego es una proyección castellana del caballero portugués.

(6) Al tema *Sebastianismo* y *Quijotismo* dedica Sardinha, aparte numerosas referencias en lugares diversos de sus escritos, un capítulo en *La Alianza Peninsular* (págs. 171 a 194 de la 2.<sup>a</sup> edición española).

(7) En ocasiones diversas alude Sardinha al alto pensamiento político auténticamente peninsular, que llevó a Don Sebastián a Marruecos. He aquí un pasaje que precisa y fija esas alusiones: "Un Monarca portugués bien calumniado, pero que tuvo como pocos la comprensión del alma profunda de Portugal —el Rey Don Sebastián—, cruzado póstumo que en ese Marruecos misterioso halló un fin misteriosísimo peleando con el denuedo de las extinguidas gestas de la Reconquista, ya miraba en su tiempo el problema de Marruecos en términos que no variaban mucho de entonces acá. En una carta suya, de 24 de abril de 1576, dirigida al Montero Mayor, Manuel de Melo, escribía Don Sebastián: "Y por ser estas noticias de la calidad e importancia que veis, me pareció hacérselo luego saber... considerando lo que se debe cuidar y puede esperar de enemigos tan vecinos y poderosos y de tanta experiencia en la guerra como son los turcos, cuyo principal intento es tener los puertos de mar de aquel Reyno y los mares de África para en cada uno de ellos tener muchas embarcaciones, de lo que si así sucediera (lo que Dios no lo permita) resultarían grandes males, casi irremediables, a toda España."

No se dirá que faltaba a Don Sebastián un alto pensamiento político al organizar su desgraciada expedición a Marruecos. Fundamentalmente, es el pensamiento político el que nos debe animar si consideramos con

muerto sin que pueda caber duda sobre ello, pero como la certeza de su muerte arrastraría la pérdida de la independencia de Portugal, el pueblo se forja ese mito magnífico de la esperanza; esa fe absoluta en que Don Sebastián vive y de que vendrá un día a desembarcar en las costas atlánticas para continuar llevando a Portugal por el camino de su grandeza. En definitiva, fe absoluta en el destino peninsular; esperanza siempre viva y florecida de que un día realizaremos nuestra alta misión espiritual, conciencia plena de esa altísima misión histórica.

No podía faltar en la obra de Sardinha la obligada purificación de ese mito glorioso del *Sebastianismo* proyectando luz sobre esa leyenda negra que hace moneda corriente la afirmación de que Felipe II, ambicioso de ocupar el trono de Portugal si moría su sobrino, no sólo no le prestó apoyo material, sino que favoreció el que acometiera una aventura insensata. "A distancia, con las tintas melodramáticas de nuestro ultrarromanticismo, es como se forjó una *leyenda negra* de cautiverio y opresión, que una prueba documental pulveriza rápidamente. Una de sus invenciones fué, sin duda, la de complicidad indirecta de Felipe en el desastre de África. Basta, sin embargo, recordar la terrible elegía de Fernando de Herrera a la pérdida de Don Sebastián: "voz de dolor y canto de gemido", para certificarnos de que por toda la Península la derrota lusitana tuvo un eco de sentido dolor (8). Hay también un soneto de Herrera, en que el poeta incita a Felipe a vengar la derrota de Alcazarquivir. Por singular coincidencia, Herrera, en el aludido soneto, parece trazar la teoría del Imperio de Occidente. Consideramos importante transcribirlo:

*Ya que el sujeto reino lusitano  
inclina al yugo la cerviz paciente,  
y todo el grande esfuerzo de Occidente  
tenéis, sacro Señor, en vuestra mano,*

---

ánimo levantado la acción de España en el Norte de Africa; no es sólo una acción exclusivamente española, es conjuntamente una acción peninsular y una acción europea." (*A Lareira de Castela*, págs. 236 y 237.)

(8) Fernando de Herrera: *Canción por la pérdida del Rey Don Sebastián*.



*Volved contra el suelo hórrido africano  
el firme pecho y vuestra osada gente;  
que su poder, su corazón valiente,  
que tanto fué, será ante el vuestro en vano.*

*Cristo os da la pujanza de este Imperio  
para que la fe nuestra se adelante  
por do su santo nombre es ofendido.*

*¿Quién contra vos, quién contra el reino Esperio  
bastará alzar la frente, que al instante  
no se derribe a vuestros pies rendido?*

\* \* \*

“En el genio hispánico se juntan, indudablemente, el oriente con el occidente en un consorcio inesperado y enriquecido por el elemento africano, no el elemento depresivo del Africa negra, pero sí el del Africa menor, tan abierta por sus especiales naturales condiciones a la infiltración romana y cristiana, como demuestra la ardiente mentalidad de San Agustín.” Sardinha, que recuerda ser la Península “lazo de unión de Europa con Africa” (9), había de completar y ampliar el concepto refiriéndose a las razones étnicas que nos llevan, a los peninsulares, a actuar en Maruecos, y dan, por sus mismos fundamentos, las bases de una acción. “Conviene no olvidar que si la política marroquí de España es una política de defensa en relación a la Península, es igualmente una política de regeneración si se la considera desde el punto de vista exclusivamente marroquí. Tiende a probarse cada vez más la íntima afinidad étnica de hispánicos y de bere-

---

(9) Con gran oportunidad recuerda aquí Sardinha la opinión del ilustre General Quijano y Arroquia: “En sentir general, sólo España y Portugal, por sus precedentes e índole especial de razas pueden llegar a ser el verdadero lazo de unión entre Europa, América y Africa, y esto si en vez de verse sistemáticamente contrariadas en sus ideales se les ayuda, por el contrario, a realizarlos en provecho de la Humanidad entera.” Es de observar, subrayando todo el valor que la actualidad le presta, que la obra de Quijano y Arroquia, *El terreno, los hombres y las armas en la guerra*, fué escrita en 1892.

beres. Es la vieja tesis de D. Joaquín Costa, reemprendida por el catedrático Antón y Fernández y fortalecida últimamente por el eminente arqueólogo alemán doctor Adolfo Schulten. Hablando de los yebalás, escribe Constancio Bernaldo de Quirós: "... los yebalás son poco extraños para nosotros. Hermanos suyos somos los iberos, hijos ambos de una vieja raza líbica, que desde las edades de la piedra se extendió por ambas costas del Mediterráneo occidental y que se conserva en su mayor pureza, separada por la solución de continuidad del Estrecho, en las montañas del Atlas y en las altas mesetas castellanas." Y el autor citado añade: "El alemán Schulten, descerrador de Numancia, la celtíbera, acaso es el último que ha hecho notar el parecido de ambos pueblos en su precioso estudio sobre los campesinos de tierra de Soria. Por donde el castellano, el aragonés y aun el andaluz, viajando por las tierras berberiscas y encontrando a diario la clave de las instituciones, de las costumbres y aun de las palabras de la madre patria, son como el lejano descendiente que regresa a la vieja casa solariega, abandonada y olvidada durante largas generaciones, recibiendo en ella la explicación de sus estructuras y hábitos más íntimos."

De aquí se infiere que, en el ejercicio de un legítimo derecho espiritual, cumple a España el traer a su vecino bereber, a su pariente del otro lado del Estrecho, a una sociabilidad más elevada (10). La diferencia que existe entre los pueblos de la Península y las indomables tribus del Norte de África es una diferencia de orden moral e histórico, beneficio recibido del Cristianismo. De hecho, entre los bereberes se puede sorprender el origen y el *processus* o formación de nuestros cuadros institucionales más característicos. Es a su *yemáa*, o asamblea concii-

---

(10) "No es un ideal truculento y arcaico ese de la guerra de Marruecos. El moro, de aceptarse las hipótesis étnicas más recientes, es, en su origen, nuestro pariente allegado. Lo distanció de nosotros el particularismo estático que lo imposibilita para erguirse colectivamente en conciencia superior de una nación; lo distancia de nosotros la ausencia total de las perspectivas sociales y morales que el Cristianismo nos ofrece. Bautizar y traer al camino difícil de la mayoría de edad la patria latente que se encuentra en el Rif, es la misión de España en Marruecos. Tal vez así se corrija el error gravísimo de Felipe II de dificultar los designios de Don Juan de Austria, cuando éste pensaba fundar un reino cristiano en Túnez." (*A Loreiro*, pág. 235.)

liar, adonde debemos ir a buscar la genealogía de los municipios peninsulares, y no al esparcimiento de la colonización romana. Se engañan los que ven en el bereber el sinónimo de una raza inferior. El bereber, por el contrario, posee agilidad de entendimiento; su familia es de constitución patriarcal y monogámica, y se revelan en él todas las cualidades fundamentales de un gran pueblo, desde el ciego amor de la independencia hasta la estrecha cohesión del vínculo familiar. Trátase, pues, de un caso de estancamiento social, derivado, sobre todo, de la frágil infiltración entre ellos del Cristianismo. Eso nos obliga a nosotros, peninsulares, a mirarlos como partes de nuestro todo, justificando enteramente cualquier intervención que, en el futuro, España, con Portugal al lado, lleve a cabo en Marruecos, a fin de despertar para la comunidad de nuestra civilización esa rama desgarrada del viejo tronco libioibérico. Nosotros, portugueses, como salidos del tronco lusitano, tenemos motivos especiales para interesarnos en el destino del bereber. Estudiarlo en sus costumbres y tradiciones, es estudiar la gestación de nuestra nacionalidad en el período preliminar, presidido por la figura de Viriato. Nos viene a la memoria una actualización de Estrabón en el capítulo consagrado a Lusitania. Vivero inagotable de energías, no son menos nuestros que los tantos millones de hispano-americanos en que se deposita nuestra esperanza a la otra margen del Océano. ¡Inscribamos al bereber en el libro de nuestros linajes, y que nuestro esfuerzo consiga un día traerle al disfrute del terruño que en el patrimonio común le pertenece!"

Por muchos motivos merece un comentario lo que antecede. En primer lugar, porque en las páginas de Sardinha queda ya apuntado y lo relacionaremos con las conclusiones a que hemos de llegar al final de este ensayo, "el legítimo derecho espiritual (II) que cumple a España a traer a su vecino el bereber, a su pariente del otro lado del Estrecho, a una sociabilidad más elevada". Después, por la deformación política, ocasional y poco conveniente que se ha producido en el Marruecos de nuestros días en relación con los bereberes; la confusión es artificiosa y ocasional. El famoso Dahir sobre justicia bereber promulgado en el protectorado francés en Marruecos en el año 1930 ha

(II) Nosotros diríamos, aún más precisamente, *deber*.

sido considerado por los elementos nacionalistas como un ataque directo e indiscutiblemente importante a sus reivindicaciones; han visto en él la posibilidad de que la obra protectora se intente apoyar sobre los importantes núcleos bereberes para frenar o al menos contrapesar las impaciencias de las *élites* que se apoyan más especialmente sobre las poblaciones árabes; la propaganda, llevada a límites exagerados, ha querido adivinar, incluso, el propósito francés de hacer pasar directamente al bereber de su lengua al francés sin fomentar el conocimiento del árabe, tan extraño para él en ciertas regiones como el francés mismo, y hasta se ha señalado el propósito de hacerlo pasar directamente de un Islam absolutamente superficial, deformado y sobrecargado por numerosas prácticas anti-islámicas, al Cristianismo, en vez de reforzarlo y afianzarlo en el Islamismo.

La reacción ha sido tan descentrada como el propósito, más o menos real. Los partidos nacionalistas han querido exagerar la arabización y la islamización borrando por completo todo lo que signifique manifestación bereber. Nuestra posición es igualmente equidistante de ambas tendencias; ni nos place deformar el sentido justo y la sinceridad de una acción protectora utilizando medios que la retrasen, ni creemos interesante ni posible ignorar al bereber. En primer lugar, porque es el pueblo autóctono de Marruecos, con características recias y bien definidas, que completan y perfeccionan las de los árabes invasores; después, porque el tesoro espiritual de los pueblos está formado por el sedimento que van dejando en él las distintas generaciones; el español, por ejemplo, acusa y conserva hondas influencias de los romanos y de los árabes que sólo determinaron facetas variadas, talladas sobre su recia y propia personalidad. Además, el bereber norteafricano tuvo una participación destacada en la vida de la humanidad y en él busca hoy la ciencia numerosas precisiones complementarias y hasta fundamentales para el estudio de la civilización.

Nuestra posición en este aspecto tiene fundamentos sólidos para ser perfectamente ecuaníme, ya que para fundamentar la misma tesis de Sardinha, tan justa aunque incompleta, podemos referirnos con iguales o mayores fundamentos a los árabes, invocando tantas y tan fundamentales razones que se concretan y matizan en el tesoro espiritual de una cultura de aportaciones

comunes, para subrayar ese mismo derecho y deber de traer a las poblaciones árabes de Marruecos a una sociabilidad más elevada.

\* \* \*

Sardinha, que enuncia así las altas razones de situación geográfica y el derecho y el deber que nace de un hecho etnográfico que nos lleva a hacer revivir esta rama del tronco ibérico que se ha ido secando, dedica, sin embargo, la mayor parte de su trabajo a señalar el peligro que significa para la Península (Portugal y España) la presencia de Francia en Marruecos, agravado aún más por la ambición desatada del colonismo francés (12).

---

(12) A través de la larga exposición de Sardinha, que reitera su llamada de alarma, en lugares y momentos distintos de su obra, pueden precisarse con exactitud las siguientes conclusiones en este aspecto del problema de Marruecos y del peligro de la ocupación de una buena parte de Marruecos por Francia. La cuestión de Marruecos es vital para toda la Península. Es la garantía inalienable de la independencia política y económica de España y condición de equilibrio y desahogo de Portugal. El problema de Marruecos está íntimamente relacionado con la autonomía de la Península. Grave amenaza que para Portugal y España significa su ocupación por Francia. Constituye esa ocupación un peligro "casi mortal"; defender Marruecos de una ocupación extranjera tiene carácter de "guerra de independencia". Si no existiesen otros motivos, éste bastaría para un franco y apretado entendimiento entre Portugal y España. La presencia del pabellón francés en Marruecos puede ocasionar consecuencias desastrosas. A Portugal no puede serle indiferente el rumbo que se imprime a la cuestión de Marruecos. La presencia de Francia en Marruecos es más grave para España que la pérdida de Gibraltar. Crítica severa de la indiferencia y del abandono de España respecto a Marruecos a partir de 1898. Ello proyecta graves peligros sobre el territorio peninsular en los aspectos político y económico. Francia ha hecho cuanto ha podido por dificultar la acción española en el Ríf. La actitud de los políticos españoles y de la prensa han favorecido los proyectos del colonismo francés. Francia cuenta siempre "con la anarquía gubernativa en que España se debate sin una idea precisa que la conduzca a través de los meandros complicadísimos de la cuestión marroquí...". Es una gran injusticia atacar la obra de España en Marruecos y hasta quererla comparar con la francesa siendo tan distintas las condiciones de ambas zonas y tan desventajosa la situación inicial de España en la suya. España ha recibido lo menos y lo peor. España des-

“Nadie pensaría en serio el traer la frontera francesa hasta el Ebro, entregando como compensación, o Portugal a España, o Galicia a Portugal, conforme el asunto se hiciese en Madrid o en Lisboa. Sin embargo, ocupada por Francia la más hermosa parte de Marruecos, si el imperialismo francés viene a radicar y desenvolverse en la cabecera de África, una grave amenaza se constituiría allí para el futuro de toda la Península, que, colocada entre las Francias de Europa y de África, quedaría convertida en una simple tierra de paso. Con inspirada razón declaraba Vázquez de Mella en una reciente conferencia, en Burgos, que la guerra de Marruecos era para los españoles una especie de guerra de independencia. Y para los portugueses, me permito añadir yo. Que nos convenzamos de esa verdad incluíble, y grabando bien en la memoria las propuestas infames de M. de Kératry al General Prim (13), inscribamos en las aspiraciones del Portugal Mayor la reivindicación plena de los derechos que nos pertenecen al sultanato marroquí, regado por la sangre generosa de nuestros antiguos caballeros y tan de cerca

---

aprovechó la oportunidad de la guerra europea para rectificar y mejorar su posición en Marruecos.

Por ásperos que puedan parecer algunos conceptos de Sardinha (emitidos en 1924), no puede negarse ni la claridad de los juicios ni su valor como tema de meditación sostenida de los peninsulares, y de una manera aún más especial, por afectarles de modo más directo, de los españoles. Y no son éstos sólo los que emite; refiriéndose a la deformación que la influencia francesa y “lo insensato de la tendencia a inclinarnos más hacia Francia que hacia España”, ha llevado a los legítimos intereses peninsulares, dice: “Y el aspecto más grave de tan baja superserfición es la imposibilidad en que ella nos deja de mirar con ojos propios la solución del problema peninsular. De cierto modo, Marruecos, en sus relaciones con la Península y todavía por derechos de incontestable prioridad histórica, es para nosotros *tierra irredenta*. Alejándose enteramente de la cuestión marroquí, la obsesión suicida de los portugueses llega al punto de encontrar mejor que Tánger sea para Francia desde el momento en que por culpa nuestra no pudo ser para nosotros. Cuando se perdió por completo la conciencia de los grandes objetivos nacionales, no puede extrañar que la propia idea de la nacionalidad se haya disuelto en la incommensurable anarquía mental y política en que Portugal parece pulverizarse irremediabilmente.”

(13) A este ofrecimiento se refiere Sardinha en otro pasaje de su libro (pág. 255).

ligado a nuestro desenvolvimiento que le llegamos a llamar el *Algarve de Alem Mar*.”

“Claramente se veía la luminosa agudeza psicológica de Eça de Queiroz al afinar en una de sus crónicas, recogidas en los *Ecos de París*, con motivo de la eterna cuestión de Marruecos, que “en pleno siglo XIX tenemos de nuevo, como en el *Romancero*, a la Cruz contra el Creyente, y a España en su constante y laboriosa ocupación de *matar moros*”. Si de nuestra parte, desde que en Alcazarquivir se hundió misteriosamente el último Rey caballero, Portugal no volvió como antes a combatir a los moros, un día lo hemos de ver, si no combatiéndoles, al menos combatiendo en el Norte de África junto a nuestra hermana España. Además, ese primado de civilización lo mantuvo hasta ahora Portugal, realizando también en el continente africano, con no menor heroísmo, gentilezas de bravura y de esfuerzo, de que Mousinho de Alburquerque quedó siendo para siempre la acabada personificación.

“Más grave que la pérdida de Gibraltar, compensada con la posición de Ceuta, fué indudablemente la instalación de Francia en Marruecos. A este respecto dice un esclarecido publicista español (14): “El enemigo se nos ha metido en casa y hemos quedado a su merced. Dueña España de la costa marroquí desde el Estrecho al Sáhara, y dominado además el Estrecho entre Tarifa y Algeciras por un lado y Ceuta por otro, la comunicación entre la Península y la costa fronteriza de Canarias quedaba asegurada. Desde Ceuta o Arcila podría hacerse por tierra. Por mar, desde Cádiz a Canarias, la costa ofrecería a cualquier barco una serie de puertos de refugio o de depósitos de carbón, víveres y municiones. Hoy una escuadra que vaya de Cádiz a Canarias tiene que pasar delante de una serie de bases de operaciones de los franceses. En tiempo de guerra la Península y Canarias se encontrarán prácticamente incomunicadas. Todo lo cual significa que las simples defensas del territorio español exi-

(14) Emilio H. del Villar: *Bases para la política exterior de España, África y el Estrecho*. Barcelona, 1918, págs. 28 y 29.

Sardinha utiliza casi exclusivamente como referencia las de Costa, Gabriel Maura, Emilio H. del Villar y las contenidas en la obra *Yebala y el Bajo Lucus*. Hace uso repetido de ellas a través de sus escritos y trabajos.

girán ahora más fortificaciones y, por lo tanto, mucho más dinero que antes.”

“¡Se comprende de este modo que la cuestión de Marruecos sea hoy para España una cuestión vital, que nos alcanza también a nosotros los portugueses, porque envuelve toda la Península! ¡Se carga el horizonte de negro cuando, mirando a la cabecera de Africa, vemos ondular en ella el pabellón francés! Si no existiesen otros motivos para un franco y apretado entendimiento entre Portugal y España, se bastaría Marruecos por sí solo para dictarlo en común interés de las dos patrias. Si espanto provoca la inconsciencia con que los Gobiernos españoles abandonaron a la penetración de Francia una zona tan directamente subordinada al pleno ejercicio de su país, no nos espanta menos el alejamiento de Portugal en problema de tan evidente magnitud. He aquí una acusación bien seria, cuya responsabilidad toca principalmente a la Monarquía caída en 1910. Arrastrándonos después a la inútil carnicería de la guerra, la República agravó el mal heredado, no procurando con nuestro sacrificio reivindicar al menos Tánger para Portugal (15).

Instalada así en Marruecos, por culpa de yerros que son conjuntamente de portugueses y de españoles, la presencia de Francia allí constituye no sólo un peligro para la independencia de la Península, de España sobre todo, sino una grave pesadilla para nuestra propia autonomía. Oigamos el juicio de Emilio H. del Villar en su citado libro *Bases para la política exterior de España*: “Marruecos —dice— es un país dispuesto naturalmente para las mismas producciones que España y para algunas de ellas mejor dispuesto aún. Por eso el día en que Marruecos francés duplique y triplique la competencia que nos hace Argelia, la exportación de nuestros vinos, de nuestros aceites, de nuestra naranja, de nuestra almendra y de nuestro corcho, encontrando una mayor oferta, disminuiría en cantidad o en precio; y el día que disminuya la exportación de estos productos españoles, la horrible crisis agrícola, con todos los males

---

(15) Juzgamos no cometer una indiscreción haciendo público que en 1918 Juan de Almeida, nuestro heroico africanista, hizo notar al presidente Sidonio Pais la necesidad de situar en Tánger el objetivo principal de nuestra cooperación en la guerra. Sidonio casi le pidió por amor de Dios no hablase de tal cosa. ¡Hasta los mejores obran de este modo!



y desbordamiento que traiga aparejados, hará comprender en España cuán equivocadamente se ha estado predicando al pueblo que los asuntos de Marruecos no debían interesarnos, y que de lo que debíamos ocuparnos exclusivamente era de cuidar nuestra casa en vez de mirar la ajena."

"Se miden bien las consecuencias desastrosas a que puede llevar a la Península la permanencia del pabellón francés en Marruecos. La ruina de la economía de España, desencadenando en el vecino país una catástrofe tal vez sin remedio, repercutiría prontamente entre nosotros, certificándonos entonces por el peso de la desgracia que portugueses y españoles somos más hermanos de lo que en realidad creemos. Sin insistir en pormenores y datos que llenarían un gran volumen, se nos alcanza con precisión el espíritu profético con que Monís Barreto monologaba hace ya más de treinta años, previniéndonos de que "sería un capítulo más que sumar a la crónica lamentable de la decadencia peninsular el que esa región marroquí, abierta a la acción de dos pueblos cristianos por la espada de Don João I y de los conquistadores de Ceuta, ilustrada por la valentía de los adelantados de Africa, dorada por la fama robusta de Don Alfonso V y por la naciente gloria de Don João II; consagrada por el apostolado de Raimundo Lulio, por el martirio del Infante Santo, por la sangre de Don Sebastián, venga a caer como Túnez, arrancada por nosotros a los bárbaros, en las manos de aquellos que en el siglo XVI se asociaban a los enemigos de la cultura europea en provecho de sus conveniencias políticas y de sus intereses comerciales en Levante." El desastre se consumó. Y se consumó con el asentimiento suicida de España y la apatía execrable de Portugal. Cayeron los dos países en el abominable pecado que Dante llama *viltà*, el pecado de cuántos viven sin pena ni gloria, en continua deserción de su propia personalidad.

Si evacuado Mazagán por orden del Marqués de Pombal, a nosotros los portugueses nos faltaban motivos para una reivindicación directa en Marruecos, visto que en el ajedrez de la diplomacia el reparto del vecino sultanato era el premio que se disputaban, de ninguna manera, en buen patriotismo, era lícito rechazar los derechos históricos que allí poseíamos como primeros dominadores. Es cierto que desde el punto de vista colo-

nizador, con grave perjuicio para nuestras dos Áfricas, se había de desviar hacia el litoral marroquí la masa humana que la metrópoli necesita exportar, a fin de mantener plenamente su soberanía ultramarina. Mientras tanto, si Portugal alimenta la esperanza de reconstituir su perdido prestigio atlántico, no le podría ser indiferente el rumbo que a la cuestión de Marruecos se imprimiese. Además, las inexplotadas riquezas del sultanato norteafricano representarían, en la parte que justamente reclamásemos para nosotros, una a manera de recapitulación de la antigua escuela de energía —hoy, energía guerrera; mañana, energía productora— que Marruecos durante casi tres siglos significó para nuestra patria. La efectividad del gran sueño cuatrocristista, resucitado después por Don Sebastián, del “Algarve de Alèmmar”, se hubiese impuesto a la conciencia de la nación si los Gobiernos de Portugal, al declinar innoble de la Monarquía liberal, de la realza bastarda de la *Carta*, hubieran dispuesto de otra finalidad que no fuese la de una mayoría segura en el Parlamento y de un sillón de mandarín en el Terreiro do Paço. El propio Rey Don Carlos, con su notable talento de hombre de Estado, no prestó al problema de Marruecos la atención que exigía. Y es una vergonzosa página, sin duda, por el papel que desempeñamos, la presencia en Algeciras de nuestra delegación diplomática.

Si los males propios se consuelan comparándolos con los ajenos, mucho peor se nos presenta en todo caso la acción de España en lo que atañe a problema tan fundamental como el de Marruecos. Recién salida de la derrota de 1898, en que para siempre se le deshizo lo poco que le quedó de su opulento patrimonio colonial, ni los políticos ni las clases directoras vieron que en el Norte de África estaba la compensación de tan gran desastre; si la maleabilidad, la prudencia y el estudio los inspirasen, si por encima de la “fluctuación de doctrinas”, de que nos habla Monis Barreto, estuviese la idea del interés común de la colectividad y la aspiración de servirla y consolidarla noblemente (16). No resumiremos aquí las desgracias sucesivas en

---

(16) Ya lo estimaba así Monis Barreto: “Si por algún lado de España es vulnerable, no es ciertamente por el Norte, defendida por la muralla pirenaica, sino por el Sur, abierto a las arremetidas del litoral afri-

que se tradujo para España su intervención en la disputa del sultanato mogrebino. Las reflexiones que transcribimos de don Emilio H. del Villar nos acusan bien la amplitud de los errores cometidos. Estos errores se ciernen inexorablemente en el futuro de la Península, en sus dobles consecuencias políticas y económicas. A excepción de algunas voces aisladas de la "izquierda", la del mencionado D. Emilio H. del Villar, por ejemplo, solamente en el "tradicionalismo" apenas sólo en el reducido grupo de los amigos de Vázquez de Mella, se encaró el problema con la gravedad con que debía ser afrontado. Aunque no aceptamos muchas de sus conclusiones, porque en la cuestión de Marruecos, como peninsular, pretendo tener voto y opinión, el libro de D. Gabriel Maura, *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español*, nos ayuda también a esclarecer el asunto. En cuanto a la mayoría o la indiferencia o la hostilidad. Cuando la sangrienta derrota del verano de 1921, el coro de los periódicos avanzados, cantando el abandono de Marruecos, provocaba re-

cano, desventaja agravada por la existencia de una gran posición militar extranjera sobre el Estrecho y en tierra española. Es por esto por lo que una diplomacia patriótica debe celosamente vigilar las tentativas de ingerencia del Imperio marroquí por parte de potencias europeas, señaladamente de aquellas que ya tienen grandes intereses creados en la región berberisca y que no hacen misterio lo de sus propósitos sobre todo el Noroeste africano."

"Suponer que la inacción es el proceder más prudente, constituye un grave error. El estudio de los últimos treinta años de la historia de Europa nos evidencia que al mismo tiempo que las condiciones de equilibrio aumentaron, los problemas constitucionales de la diplomacia europea se han definido y marchan a una solución que nadie puede garantizar sea pacífica. Entre esos problemas constitucionales está el que ya se puede llamar problema del Occidente. La incapacidad, a un tiempo social y étnica de los musulmanes del Mogreb para constituirse en un gran Estado viable y progresivo envuelve en la extremidad occidental del Mediterráneo consecuencias análogas a las que análogas condiciones del Imperio otomano determinaron en la extremidad oriental. La cuestión de los estrechos se reproduce al extremo opuesto del viejo mar en que se elaboró la cultura europea que atrae la atención de todos los que tienen intereses relacionados con la situación de los pasos marítimos. Y entre éstos, España, para quien la cuestión del Estrecho no es sólo de libertad comercial, sino de seguridad nacional, no puede ser la última en precaverse." (Citado por Sardinha, *La Alianza Peninsular*, págs. 329 y 330.)

puguancia en quien sufriese la trágica pasión que España estaba sufriendo en su dignidad y en la carne de su carne. Ya antes, refiriéndose a la actitud de los partidos radicales ante el problema de Marruecos, Emilio H. del Villar comentaba: "Es absolutamente ilógico que los partidos obreros y socialistas españoles se hayan declarado tan obstinadamente contra la acción de España en Marruecos. Sus campañas antiafricanistas han redundado en beneficio del colonismo francés. Y sabido es que donde en Marruecos se encuentra la acción española y la francesa, como ocurre en Tánger, la francesa está representada principalmente por el capital, y la española por el trabajo, y nada es más antisocialista que combatir los intereses del trabajo y apoyar los del capital."

*Infiérese por la transcripción, en lo que se reputa por el público inflamado de las agitaciones partidistas, el problema actual de Marruecos. Sucede esto en España, mientras al otro lado de los Pirineos la visión de Marruecos se revela para los franceses como una de las bases más sólidas de la prosperidad y el resurgimiento de su país. Fijada en Argelia y prolongándose en Túnez, Francia procura ganar en lo posible la hegemonía del Mediterráneo occidental. Su asiento en el Noroeste africano la sirve en el Atlántico de apoyo de las posiciones asumidas por ella más allá del Estrecho. Si la zona francesa de Marruecos separa y dificulta la comunicación de España con Río de Oro y las Canarias, la zona española, enclavada entre ésta y Argelia, tendería un día a desaparecer si los franceses tuvieran, ¡que no la tienen!, población apta para la colonización. Meditando en todo lo que se expone, concíbese perfectamente que la entrada de Francia en Marruecos prepara, bajo todos los aspectos, la asfixia, o al menos la atrofia de España. De la situación creada, España sólo saldrá violentamente, si despierta a tiempo. La propia Francia se encarga de procurarle la oportunidad. Escuchemos a André Fribourg, diputado y miembro del Consejo Superior de Colonias: "Jusqu'ici, les tentatives de colonisation de nos voisins n'ont abouti qu'à de désastres et il ne semble pas qu'elles soient près de réussir —declara en su opúsculo *L'Afrique latine*—. Danger pour l'Afrique du Nord de la zone de influence espagnole du Rif. Mais on voit immédiatement quel danger présenterait pour nous l'existence d'un territoire espagnol de ce*

coté-ci de la mer, a proximité d'une région ou les citoyens espagnols sont si nombreux. Ce serait un obstacle extrêmement sérieux a la fracisation, a l'absorption des colons venus de la péninsule, comme l'existence d'une enclave italienne au Nord de la Tunisie empêcherait l'assimilation des émigrants originaires de Sicile ou du continent. Si les effort —subraya André Fribourg— du gouvernement de Madrid aboutissaient dans le Rif, si, certains le souhaitent, il pouvait installer de nombreux espagnols dans une zone d'influence pacifié, un danger certain menacerait l'Algérie de l'Ouest. Nous n'en sommes d'ailleurs pas encore là, mais nous devons prendre, des maintenant, nos précautions, nous appliquer avec la même volonté que les americains chez eux a nationaliser les naturalisés et savoir qu'il ne suffit pas de decider qu'un individu est français, soit par décret, soit en vertu de la loi de 1889 qui naturalise tous les fils d'étrangers nés sur notre territoire, pour qu'il le soit effectivement."

Lo reproducido denuncia al mismo tiempo una amenaza y una alarma. Una amenaza, en el sentido de impedirse por parte de Francia, en lo posible, la estabilización de España en el Rif. Una alarma, porque las ambiciones del imperialismo francés en el Norte de Africa luchan con la fuerte preponderancia de la población española en Argelia, especialmente en el *departamento* de Orán, del mismo modo que en Túnez les asusta el predominio invencible del elemento italiano. Sobre el peligro español en Orán, o sea, en el Noroeste argelino, se pronuncia así André Fribourg, cuya cualidad de miembro del *Consejo Superior de Colonias* conviene no olvidar: "Dans le departament d'Oran, les français d'origine étaient 93.979 en 1911, les espagnols 91.712; les étrangers naturalisés français, en immense majorité espagnols, 92.386, et les israelites naturalisés français 20.173, si bien qu'on pouvait dire que pour un français d'origine, en comptait deux espagnols, dont un naturalisé français." André Fribourg acentúa: "Fait plus grave; les espagnols étaient groupés dans certaines regions au point d'y avoir una majorité écrasante. Si l'on trouvait 23.770 français d'origine a Orán, contre 27.835 espagnols et 33.783 naturalisés..." De donde, sobresaltado, el autor transcrito aconseja por medio de la escuela y del cuartel la unificación de la población europea de Argelia "en une même race mediterrannée française", surgiendo, por tanto, con re-

lación al futuro, una causa de graves recelos: el Protectorado español en el Rif. Lo que se piensa en Francia acerca de este Protectorado y de sus presumibles consecuencias, ya lo sabemos por la sinceridad del diputado André Fribourg.

Considerando los frutos de la acción de España, André Fribourg se nos manifiesta en los términos siguientes, muy importantes para lo que pretendemos aclarar: "Dans leur zone nos voisins ont fait d'immenses efforts. Ils ont sacrifié les hommes par douzaines de milliers et les pesetas par milliards, Malgré leur courage, leur endurance, ils ont été rejetés à la côte, et leur échec aurait pu avoir pour nous-mêmes de graves conséquences. Il n'en a rien été, jusqu'ici, hereusement, mais ont est en droit de se demander ce que seraient la situation des espagnols dans leur zone, si nous n'avions pas déjà pacifié quelques 300.000 kilometres carrés du protectorat." Y añade inmediatamente, no ocultando su idea fija: "La zone d'influence espagnole n'a pas plus de chance de devenir et de demeurer espagnole à travers les siècles futurs, que la zone de France soumise à la Grande Bretagne pendant la guerre de Cente Ans n'avait chance de demeurer anglaise. On peut imposer aujourd'hui un régime spéciale à Tanger, comme jadis, un régime anglais à Calais. L'un durera certainement moins longtemps que l'autre. Il y a des fatalités historiques aux quelles on n'echappe pas."

Analicemos ahora las afirmaciones del diputado André Fribourg. Ante todo, tienen el valor de corroborar cuanto se dejó escrito sobre el peligro casi mortal que, tanto para España como para el resto de la Península, representa la instalación de Francia en el Noroeste marroquí. Latente el conflicto, ya se siente, ya se palpa. Su eclosión inevitable llegará pronto o tarde, conforme al ritmo de los acontecimientos. Porque hay "fatalidades históricas a las que no se escapa", desde que el error se cometió el dilema quedó nítidamente expuesto: o el total abandono de los derechos peninsulares en Marruecos, o la guerra.

En la insuficiencia creciente de su natalidad, Francia difícilmente podrá combatir por los recursos pacíficos la constante infiltración colonial española; por ello contará con la anarquía gubernativa que en España se debate, sin una idea precisa que la conduzca a través de los meandros complicadísimos de la cuestión marroquí, dificultando al mismo tiempo la penetración

en el Rif, por sordas, pero constantes instigaciones a los indígenas, a quienes no faltarán, seguramente, ni municiones ni armamentos.

Llegará un momento, pues, en que España, cansada de fracasos, se resolverá al abandono del Rif bajo la presión de la opinión pública, si antes, declarada internacionalmente incapaz de civilizar y pacificar la zona que le fué distribuída en el sultanato mogrebino, no viene Francia a ocupar su lugar, como más apta y más idónea. Así, sutilmente, nos lo sugiere André Fribourg cuando compara la ineficacia de la acción española en el Rif con las excelencias de la pacificación y administración francesas.

A primera vista, el argumento es de peso y sacudirá seguramente, por el simple examen de los hechos, las inteligencias menos prevenidas. La obra del general Lyautey es un alto ejemplo de tacto gubernativo y de incontestables realizaciones. ¡No nos entreguemos en todo caso a los dictámenes únicos del entusiasmo! Francia domina hoy aquella parte de Marruecos ya desbravada por la irradiación europea. Aunque los franceses lo olviden sistemáticamente, si es que no intentan apagarlos, a raíz de su ocupación encontraron los fuertes sedimentos de la conquista portuguesa, que si no fué muy profunda, al menos abrió surcos imborrables. De boca del propio Sultán destronado Muley Hafid tuve la alegría de escuchar que, cien leguas al interior desde la costa, los vestigios que se encuentran del pasado de los antiguos dominadores, puentes, calzadas, fortalezas, o son romanos o son portugueses. Del mismo Sultán oí también que los franceses pican invariablemente los blasones o lápidas que atestiguan la ocupación de Portugal. ¿Será una falsa acusación de un enemigo declarado de Francia? Tal vez. Con todo, la forma como se portan para con nosotros bastantes publicistas franceses que dedican a Marruecos el trabajo de su pluma, nos lleva a admitir que probablemente no se trata de una calumnia. Basta abrir el grueso volumen de Victor Piquet, *Les civilisations de l'Afrique du Nord* para capacitarnos del sectarismo de los franceses en semejante caso. En un libro compacto de cerca de cuatrocientas páginas, ni una entera se nos llega a consagrar, y esa misma difícil de descubrir, porque en el índice

aparece englobada en la designación general de "*les chrétiens en Berbérie*".

Mas por mucho que Francia procure apagar las señales de nuestro dominio, no tiene duda que su obra colonizadora se asienta sobre ellas; por lo demás, para comprensión perfecta del problema marroquí, es conveniente acentuar que, al contrario de lo que ordinariamente se supone, Marruecos (o *Mogreb el Aksa*, "país del extremo occidente") no constituye una unidad social y política, sujeta únicamente a la soberanía del Sultán. Así toda esa extensa y misteriosa región está dividida por los propios funcionarios del Imperio en dos grandes países (*B'lad es Majzen* y *B'lad es-Siba*), siendo el primero la parte propiamente gubernamental, esto es, la que paga tributos al Sultán y le reconoce obediencia, mientras que la otra parte, siempre rebelde e insubmisiva, llamada por esto "país del robo", no abdica nunca de su autonomía, siendo mucho más dilatada que la parte gubernamental (17). Esta dispondrá de cuatro millones de habitantes para una superficie de 200.000 kilómetros cuadrados, y el "país del robo" de siete a ocho millones de habitantes para una superficie de 600.000 kilómetros cuadrados (18).

Del país gubernamental cupo a España tan sólo la planicie del bajo Lucus, ocupada por la tribu árabe de Jolot y una fracción del Tilig, mientras que en el "país del robo" su acción debe extenderse por toda Yebala, macizo montañoso, poblado de gente brava e inquieta. De modo que España se halla en una situación inferior a la de Francia, porque necesita actuar en una zona donde nunca fué efectiva ni reconocida la soberanía del Sultán, teniendo en cuenta además que, aceptando el protectorado Yebala, España restringió su derecho de conquista, pues dió como legítima la autoridad imperial del Jalifa en una región a la que nunca se extendió. No es de extrañar por esto

---

(17) Véase el interesante volumen *Yebala y el Bajo Lucus*, Madrid, 1914, publicado por la Real Sociedad Española de Historia Natural, como corolario de una expedición científica a la zona española de Marruecos. Sobre todo, para nuestro punto de vista es de subido alcance el capítulo "Etnografía", de Constancio Bernaldo de Quirós.

(18) Los datos de Sardinia son equivocados: la zona de protectorado marroquí tiene 500.000 kilómetros para una población de 7,5 millones (datos aproximados).



que, además de las dificultades que el ejercicio de su mandato le proporciona, su situación sea inferior a la de Francia, que conservó para sí lo que se hallaba sometido al poder central del Imperio, y en condiciones, por tanto, de aceptarle más fácilmente su tutela. Son, por consecuencia, jactanciosas las alabanzas de los franceses a su esfuerzo en Marruecos, cuando tendenciosamente lo comparan con el de los españoles. Para los españoles la índole indomable de las tribus comprendidas en su Protectorado les obliga a una tensión militar que Francia no conoce en las ciudades de la costa y en las poblaciones arabizadas del B'lad el Majzen (19).

Deduzco de cuanto se deja dicho lo que hay de irritante y depresivo en el juicio que los franceses se forman acerca del Protectorado español en Marruecos (20). Para ellos ese protec-

---

(19) Debe leerse el libro *El protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española*. Madrid, 1915, por Manuel González Hontoria, Ministro de Estado en el Gabinete presidido por Maura en 1919. Aunque se coloque como observador en un campo de simple objetividad, González Hontoria acentúa bien que al protectorado francés corresponde el Marruecos "donde había extranjeros y donde el Sultán tenía autoridad", "siendo... en su mayor parte llano, fértil y accesible". Por eso González Hontoria insiste en que el "protectorado francés en Marruecos recae sobre cosa relativamente homogénea y compacta", y González Hontoria escribe: "Hay grandes diferencias, naturalmente, entre tribus bereberes y entre el antiguo blad-el-Majzen y el belad-es-Siba, y hasta que hace un año se ocupó Taza, faltaba el contacto material entre el Marruecos occidental y el Marruecos oriental. Pero la diversidad y separación no son comparables con las que median entre la zona española del Septentrión (del Melilla al Lucus) y la del Mediodía (del Drá al paralelo 27° 40'). En el Septentrión mismo, por optimista que se sea, hay que prever un plazo relativamente largo para que se establezca el contacto entre la región de Tetuán y la de Larache, y uno mucho mayor para que, pacificada toda la comarca, lleguen a ser contiguos los mandos militares de Tetuán y de Melilla". En este ligero extracto se adivina bien lo que hay de jactancioso en los elogios que los franceses se hacen sobre su obra de Marruecos. Digna es de alabanza, incontestablemente, pero ni de lejos tuvieron que compartir las dificultades con que aun hoy luchan los españoles.

(20) Frente a ello, Sardinha exaltó siempre la acción peninsular contemporánea en Africa, "las más de las veces en lucha abierta contra el centralismo ignorante y cabezón del Estado", y vió en las empresas portuguesas de Angola y Mozambique y en la española en Marruecos, es

torado desaparecerá por la fuerza propia de las circunstancias, porque, de lo contrario, Francia lo haría desaparecer por constituir un peligro para el dominio francés en Argelia. La previsión de la guerra es evidente. Y el conflicto solamente no estallará si España, acumulando error sobre error, dimita de sus más elementales derechos a la existencia. Su política de expansión es la política del Cardenal Cisneros, es la política del Norte de Africa. Si las aspiraciones de Don Juan de Austria no hubiesen tropezado con las lentitudes centralistas de Felipe II, Túnez se hubiese convertido en un reino cristiano y España se hubiese asegurado así su influencia en el Mediterráneo occidental. La pérdida de Gibraltar la dificultó el paso del Estrecho, y el desastre casi se transformó en catástrofe al transigir con la entrada de Francia en Marruecos.

A este respecto es natural que su neutralidad en la guerra hubiese sido un acto de falsa prudencia. Angel Ganiwet ha escrito que "en presencia de la ruina espiritual de España hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arrojar un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos". ¡He aquí la situación en que España se debate ante el problema de Marruecos! La audacia con que se posesionó de Larache y Arcila, procurando una compensación en el *Bled el Majzen*, pudo servirle de estímulo para mucho más en la hora indecisa en que los caballeros del apocalipsis se enseñoreaban del continente europeo. Hoy, con Francia ya afirmada en Marruecos, gracias al Gobierno del general Lyautey, la oportunidad se perdió. Volverá, sin embargo, temprano o tarde, cuando Francia se sienta constreñida por la presión de Italia en Túnez a solucionar de una vez sus dificultades en el Norte de Africa. Ahora bien; hasta cierto punto los intereses de España son paralelos a los intereses de Italia, tanto por lo que toca al Norte de Africa, propiamente, como por lo que se relaciona con el dominio de la parte occidental del Mediterráneo. Si para España y Portugal se tradujeron siempre en funestos resultados los equívocos seculares que impiden la cola-

---

esto especialmente la demostración más elocuente de que España no está decadente y que no se secaron en sus entrañas las generaciones de creadores de naciones.

boración estrecha de las dos naciones hermanas, no es menos funesto para la grandeza de las dos Penínsulas - la itálica y la hispánica— el desenvolvimiento en que se mantienen. En la enunciación de sus reivindicaciones más queridas, el paralelismo entre España e Italia posec el vigor de las cosas inmediatas (21). Objetivos externos en que divergen o en que se contradigan no existen para ambas, existiendo, por el contrario, una completa identidad de tendencias y de fines en aquello que representa la natural expansión de su curva histórica. Creo firmemente que el problema de Marruecos, vital para el futuro de España, futuro tanto económico como político, conducirá al acuerdo con Italia, empeñada, como España, en rehacerse de antiguas mutilaciones, la de Córcega, por ejemplo. De donde se deduce que no faltarán ocasiones a España para corregir los efectos del atentado que para su independencia significa la hegemonía creciente de Francia en Marruecos. Como garantía lo exige la integridad de su territorio.

“Yo tengo para mí que la línea estratégica de ciudades y fortalezas que posemos al otro lado del Estrecho, desde Ceuta a las Chañarinas, nos es tan necesaria, hoy por hoy, y forma parte tan integrante de nuestro territorio, como la línea estratégica de fortalezas que se extienden por la cuenca del Ebro, desde Montjuich hasta Pamplona.” Así se expresaba hace cerca de cuarenta años don Joaquín Costa, el aragonés insigne, no obstante entender que era preciso cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid. Efectivamente, es por Marruecos, según las lecciones de la Historia, por donde España está sujeta a una arremetida. En esa creencia, ya se señalaron bien las consecuencias nefastas para su futuro, si Marruecos se tornase la presa definitiva de una nación extranjera, España, buscando por todos

---

(21) Escritas estas páginas mucho antes del advenimiento de Primo de Rivera, el viaje a Roma de los Reyes de España las confirma extraordinariamente. (Razonable y lógico cuanto dice Sardinha, en la práctica no sucedió así, debido al grave error de Italia no comprendiendo que en Marruecos, ni siquiera en Tánger, tenía un interés propio, ni una política propia. Su interés y su política, en consecuencia, eran solamente haber apoyado la postura de España en Marruecos. A su vez hubiera encontrado el apoyo de España en zonas que a nosotros no nos afectaban directamente.)

los medios posibles el regreso a la política de Cisneros (22), no lo hace por ambiciosos propósitos de imperialismo, sino ejecutando aquel "programa de conservación" de que nos habló Moisés Barreto. Sin que asegure primero su doble posición de tierra mediterránea y atlántica, España se halla incapacitada para afrontar en serio la realización de la política del Atlántico, *mare nostrum*. Observa un publicista español que el siglo presente "pone en el tablero de juego a Gibraltar y a Panamá", añadiendo "que el Mediterráneo es un escenario muy pequeño para las tragedias futuras". Este es el aspecto primordial de la cuestión y en torno al cual necesitan concentrarse las atenciones esclarificadas.

"Parécenos suficientemente demostrado cuán el problema de Marruecos se entrelaza por todas sus raíces al problema peninsular. Garantía inalienable de la independencia política y económica de España es también, por reflejo, condición de equilibrio y de desahogo para nuestro Portugal. Si la instalación en el Norte de Africa de una potencia ajena a las aspiraciones de la Península representa un peligro serio para España, no la representa menos para Portugal, que necesariamente se encadenaría al poder que terminase por enflaquecer y fragmentar al país hermano, a no ser que otro poder, enemigo del primero, no procurase cambiarlo sobre nuestro territorio, reduciéndolos así a una deprimente dependencia. Como la grandeza de la patria no consiste sólo en el equilibrio presupuestal y en la valoración de la moneda, Marruecos guarda para nosotros las mismas posibilidades de reconstitución militar y naval a que nuestro futuro está inquebrantablemente hipotecado. Don Joaquín Costa decía en su tiempo: "Lo que a España interesa, lo que España necesita no es sojuzgar el Mogreb, no es llevar sus armas hasta el Atlas; lo que a España interesa es que el Mogreb no sea jamás una colonia europea; es que al otro lado del Estrecho se constituya una nación viril independiente y culta, aliada natural de España, unida a nosotros por los vínculos del interés común, como lo está por los vínculos de la vecindad y de la Historia..."

---

(22) Política reanudada en 1923 por el Marqués de Estella, que a su vez ha sido el único General victorioso y conquistador de los Borbones. (*N. del T.*)

¿Y por qué? Porque “la transformación de Marruecos en colonia francesa o en colonia británica llevaría consigo, como consecuencia necesaria, la expulsión de España de aquella costa, lo mismo que de la costa occidental, o sea, de Santa Cruz de Mar Pequeña; seguiríase a eso la pérdida de las Baleares y de las Canarias; y así, estrechada España entre dos Inglaterras o entre dos Francias, en bloqueo permanente sus costas mediterráneas, no tardaríamos en ver atacada su independencia en el corazón mismo de su metrópoli.”

Esta es la suerte de España y no sería otra la de Portugal. Se comprende por esto el porqué Marruecos está tan relacionado con la autonomía de la Península. Inútil sería, en esta forma, el que soñásemos en hacer efectivo aquel simple “programa de conservación” en que insiste Monís Barreto, si la cuestión del Norte de Africa se agravase, o al menos permaneciese en el estado en que se encuentra. De aquí la importancia que reviste para mí nacionalismo alarmado la cuestión marroquí. Si España es por ahora la más directamente afectada, no tardaremos en serlo nosotros, y bien duramente, en un futuro ya próximo. Además, Portugal, con su natural inclinación hacia el Brasil, únicamente se libtará del marasmo suicida en que dormita echándose con alma y corazón en brazos de la política entrevistada por el Rey Don João IV. Bien se conocen las declaraciones del tan calumniado fundador de la dinastía de Braganza. En su audiencia célebre al *chevalier* de Jant, confesaba el Monarca que “si poseyese sólo el Brasil con el reino de Angola, las plazas de Africa, las Azores y Cabo Verde, y por añadidura Portugal, no trocaría su condición por la de ningún otro Príncipe de Europa”. He aquí que se nos presenta como una nítida visión el camino de Portugal Mayor. Súmense ahora las afinidades de toda especie que nos aconsejan la alianza con España, y de resultas con las patrias hispanoamericanas, a quien ella dió el ser. Es un bloque político formidable no inspirado por motivos de agresión o ambición imperialista, sino por dictámenes de la propia vitalidad común.

De otro modo, acabaremos por vivir como ilotas en ambas márgenes del Océano que surcamos y descubrimos, indignos hasta de los títulos de gloria que el pasado nos confiere. Por tanto, en el poder naval reside la base de nuestra supremacía veni-

dera. Sin poder naval, la Península se halla totalmente indefensa. Organizarlo es recorrer las primeras jornadas de nuestra emancipación nacional y cumplir al mismo tiempo las indicaciones que la geografía nunca cesa de repetirnos. Es nuestro lado vulnerable y nuestro indispensable punto de apoyo. Marruecos en manos ajenas equivale a la renuncia de cuanto nos promete el día de mañana en nombre de la obra civilizadora que Portugal y España realizaron deinteresadamente en el mundo. Si el poder naval es para la Península sinónimo de preponderancia y prestigio, Marruecos es la llave de nuestro indispensable navalismo. Meditemos bien en tan grave problema, y que la alianza de Portugal con España tenga por inmediato y enérgico objetivo corregir en los términos todavía posibles la desgraciada situación que en el Norte de Africa dejamos tener lugar."

\* \* \*

Hay, como se ve, en toda esta exposición de Sardinha visiones clarísimas, pensamientos elevados, defensa fraternal de la obra de España en Marruecos. Aún tuvo la gentileza de dedicar su libro *La Alianza Peninsular* "a la memoria de aquellos soldados españoles que, regando con su sangre anónima las peñas de Marruecos, supieron dar vida, en un siglo sin esperanza, a toda la grandeza histórica de la Península" (23).

No podía faltar, y así se ve ampliamente recogida, la dura crítica de Sardinha ante el indiferentismo de Portugal y de España cuando en fines del siglo XIX se planteó la cuestión marroquí y la intervención europea. Fiel a este pensamiento, censura asimismo la posición del general Primo de Rivera cuando, en 1921, pedía el cambio de Gibraltar por Ceuta y el abandono de

---

(23) Sardinha había expresado esta misma idea en Badajoz, en el discurso pronunciado en octubre de 1924, el día de la Fiesta de la Raza, pocos meses antes de su muerte, al referirse "a los soldados españoles que a esta hora combaten y mueren en Marruecos y son los dignos y legítimos continuadores de los guerreros y marcanes, cuya memoria, congregados en torno a la fecha del 12 de octubre, celebramos y veneramos". Y más tarde: "Lo que os aseguro es que en Marruecos los soldados españoles se batan por su país y por la civilización del mundo, del que fuimos los conductores a través de una larga procesión de siglos." (*A Laveira*, págs. 235 y 236.)

Marruecos (24). Lo hace en *A Lareira de Castela*, en esta forma:

“No pueden quedar sin comentario las gravísimas afirmaciones del general Primo de Rivera sobre el abandono de Marruecos. Día tras día, hora tras hora, he acompañado el drama emocionante que sucede más allá del Estrecho con reflejos encontrados en la opinión española.

“La cuestión de Marruecos no es apenas una cuestión que importe al futuro de la nación vecina. El futuro de la Península depende del rumbo que se imprima a ese problema del momento. Hace casi cuarenta años que en un comicio público don Joaquín Costa declaraba: Yo tengo para mí que la línea estratégica de ciudades y de fortalezas que poseemos al otro lado del Estrecho, desde Ceuta a las Chafarinas, no es tan necesaria, hoy por hoy, y forma parte tan integrante de nuestro territorio, como la línea estratégica de fortalezas que se extienden por la cuenca del Ebro, desde Montjuich hasta Pamplona.”

De manera que el problema de Marruecos ya entonces se formulaba para las inteligencias cultas en España como un problema simple y elemental de defensa nacional. Le dió después un sentido más amplio entre nosotros el malogrado Monis Barreto al escribir en un estudio suyo, notabilísimo, de la *Revista de Portugal* que: “La cuestión marroquí se liga de tal modo con la cuestión de la integridad nacional española, que no es más que uno de los aspectos de ésta. Un ilustre historiador inglés —continúa Monis Barreto— puede afirmar ser una ley de la historia que las poblaciones de la Península dominen o sean dominadas por las que residan en la región africana que las quede fronteras.” Así, de español, el problema se torna peninsular, participando consecuentemente Portugal de sus beneficios o de sus resultados funestos.

Compréndese bien por qué. Enfrentados como país peque-

---

(24) La intervención del General Primo de Rivera en el Senado se produjo en la sesión del 25 de noviembre de 1921; al día siguiente fué destituido de su cargo de Capitán General de la 1.<sup>a</sup> región. Como se sabe, una intervención análoga el 25 de marzo de 1917, al ser recibido como numerario en la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz, con el tema *Recuperación de Gibraltar*, había determinado también su destitución como Gobernador Militar de Cádiz. Era entonces Primo de Rivera General de División.

ño que no sabe valorizar su posición geográfica por medidas sensatas de gobierno, aquellos colosos que posean el Imperio del Mar, acabaríamos por ser con España una pobre tierra de paso si, separados de Europa por los Pirineos, nos viéscnos separados del resto del mundo por el imperialismo que hubiera de triunfar en el Norte de Africa. "Sería un capítulo más que agregar a la crónica lamentable de la decadencia peninsular" —pondera con razón Monis Barreto— si esa región marroquí, abierta por la acción de los dos pueblos cristianos por la espada de Don Juan I y de los conquistadores de Ceuta, ilustrada por la valentía de los fronterizos de Africa, dorada por la fama robusta de Don Alfonso V y por la gloria naciente de Don Juan II, consagrada por el apostolado de Raimundo Lulio, por el martirio del Infante Santo, por la sangre de Don Sebastián viniese a caer, como Túnez, arrancada por nosotros a los bárbaros, en las manos de aquellos que en el siglo XVI se ligaban a los enemigos de la cultura europea en provecho de sus conveniencias políticas y de sus intereses comerciales en Levante."

¡Ahora que parece que la sospecha de Monis Barreto se empieza a revestir de aprensivas líneas proféticas! Indica un estado de espíritu desanimador la actitud de un militar como Primo de Rivera, no dudando en proponer en pleno Senado que se abandone Marruecos y se cambie a Gibraltar por Ceuta. Irredentismo por irredentismo, antes el "peñón" en poder de extranjeros que una bandera que no fuese la española flotando en Ceuta. El peligro y el sarcasmo que Gibraltar representa se desdoblaría en infinitos "Gibraltares" a lo largo del Rif, arrancando para siempre a España la hegemonía que de derecho le pertenece como señora de las bocas de dos mares.

Exactamente, el motivo por el que Isabel la Católica mandaba en su testamento a "los Reyes que después... sucedieran en los dichos mis reinos, que siempre tengan en la Corona e Patrimonio Real dellos... la ciudad de Gibraltar", exactamente, por ese alto motivo es que, una vez perdido Gibraltar, no se debe cambiar Ceuta por él. Ceuta, en posesión de España, quedando al pie de la Península en el territorio africano, es una garantía permanente de que Gibraltar, temprano o tarde, volverá a España. Pero Ceuta, enajenada por una política de ordinario comodismo suicida, es para España cual si se despidiese de su



grandeza vencedora y trazase con su puño el propio término de su fallecimiento.

Si como extranjero me está vedado apreciar con la acritud que me merecen las afirmaciones del Marqués de Estella, como peninsular no me considero de ninguna forma ajeno a una contienda que toca de lleno el corazón de Portugal. Cuando en el horizonte se destaca, con la salida para América, la nueva edad de la Península, he aquí que las dos grandes patrias hispánicas, desviando los ojos de esta promesa de maravilla, porfían en negarse a sí mismas, como si nada les cupiese en los frutos de la admirable civilización que en otros tiempos supieron crear.

Entrame entonces un hondo pesimismo, no el pesimismo de los débiles e incrédulos, sino un pesimismo heroico, a la manera de Ganivet, al confesar que "en presencia de la ruina espiritual de España hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón, y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos".

Lo que empobrece a España, impidiendo que la nación verdadera se manifieste, es su liberalismo arcaico y caricatural que aprisiona a la monarquía y que permite a un general pregonar desde su escaño de senador una doctrina de ignominioso derrotismo. Son los sofistas de ínfima especie —genuinos payasos de la inteligencia, como Unamuno y Ortega y Gasset, quienes roban a la nación hermana la llama épica en que ella estremece hasta la medula de los huesos. Es un bando de invertebrados y desnacionalizados que preparan para su tierra el abismo moral y social en que la nuestra se sacude perdida.

Es la conjura secreta de los partidos, degradándose sin idealidad ni finalidad en aquel recorte de pompa sonora y vacía con que Eça de Queiroz estigmatizó las doradas mediocridades de nuestro constitucionalismo. Y, entre tanto, más allá del Estrecho, como obedeciendo a un dictamen imperativo de la Raza, los soldados van cayendo, con alma ingenua y contenta, traicionados por los "moros" de la retaguardia. Porque moros son, efectivamente, lo que quisieran que España entera sucumba devorada por los puercos, y verla, como Guzmán el Bueno, sacrificando las generaciones que han de venir, en un gran holocausto

to, lo más florido de una generación que nació destinada ya por Dios para el rescate de la patria tradicional.

¡Pasión de España, pasión tan dolorosa y tan tardía! Empezó con Cervera, marchando en navíos de madera, al encuentro de los acorazados norteamericanos. Y desde esa hora, el alma magnánima que engendró el Cid, que inspiró a Cisneros y que vibra a lo largo de una literatura sin par, continúa sentada en el Pretorio, entre el ulular ignaro de los fariseos que la amenazan. Se les unió ahora la retórica ampulosa del Marqués de Estella. Y ante un general que discursca, en tanto que tiene soldados que mueren, cómo parece de otro tiempo y de otra raza aquel pasaje de una carta de Cervera -el glorioso vencido—: “No por mí tanto como por la pobre España, diré: Señor, si es posible, aparta de nosotros este cáliz.”

Fiel a esta misma idea de que la acción de España en el Norte de Africa “no es solamente una acción exclusivamente española, es conjuntamente una acción peninsular y una acción europea”, decía también años más tarde, cuando el mismo general acometía la pacificación de Marruecos. “Por eso yo acuso, y acuso no sólo como peninsular, sino también como portugués, a aquellos periodistas de mi país que, atacando insólitamente al general Primo de Rivera por su tenacidad en proseguir la guerra de Marruecos -patriótica y heroica conducta—, parecen ser en Portugal los partidarios de Abd el Krim” (*A Larcira*, pág. 237).

\* \* \*

Hasta aquí lo más fundamental de la exposición del pensamiento de Sardinha sobre Marruecos, a través, especialmente, de *La Alianza Peninsular* y de *A Larcira de Castela*. Como se ve, hay en él precisiones del mayor interés: situación geográfica y etnográfica de la Península respecto a Africa; fraternidad de iberos y bereberes, ramas de un tronco común; altas y fundamentales razones de seguridad para la Península que exigen el que la obra de ayuda a Marruecos sea peninsular; peligro militar y económico si así no sucede; injusticia del reparto actual de Marruecos; hostilidad francesa hacia la obra española y desatadas ambiciones del colonismo galo. Proclamación de un *interés peninsular*, común a portugueses y a españoles, superior a

ellos y propiedad suya inalienable; sentido ibérico de la civilización; fe absoluta en el renacer peninsular logrado a través de una obra de rehispanización de los pueblos hispánicos (25).

Pero si todo ello es claro, preciso y definitivo, no se descubren, en cambio, en el pensamiento del gran hispanista los elementos básicos que habían de hacer realidad positiva y fecunda ese pensamiento. Más aún, se encuentran en sus escritos alusiones o referencias que aún dificultan esa realización. Así, al señalar el carácter de guerra de independencia que para Vázquez de Melia tenía la guerra de Marruecos, Sardinha añade que también para los portugueses y les pide que "*inscriban en las aspiraciones de Portugal la reivindicación plena de los derechos que nos pertenecen al sultanato marroquí*" (pág. 267). Y más tarde, una alusión precisa a Tánger: "*Arrastrándonos después a la inútil carnicería de la guerra, la República agravó el mal heredado, no procurando con nuestro sacrificio reivindicar, al menos, Tánger para Portugal*" (pág. 286).

En *A Larcira de Castela* se expresa el mismo concepto: "Ha de mirar aún (Portugal) para el Norte de Africa, para Marruecos, dividido y repartido, sin que, en su debilidad, Portugal reciba, por lo menos, la compensación de sus respetables derechos

---

(25) Demos las vueltas que queramos los peninsulares, si América es el fin de nuestra labor común, Africa es el instrumento con que siempre tropezamos forzosamente. Un instrumento vivo para una tarea en la que hay que trabajar a diario con un cauterio en los labios. Africa teje y desteje nuestros destinos. Por Africa somos en la Península dos cuerpos y un alma. Los "altos infantes" abrieron, a filo de espada, la ruta del pensamiento isabelino. Y cuando en las arenas calientes de las llanuras de Alcazarquivir se hundió el quinto Imperio sebastiánico, para retornar a la mente de Felipe, allí había de quedar flotando el hábito heroico que, infundido a los soldados de Su Majestad Católica, iría, casi cuatrocientos años después, a devolver a la Península, *en un siglo sin esperanzas, toda su grandeza histórica*.

De Africa, finalmente, salen del lado portugués la generación de oficiales que, héroes de la guerra de Angola y Mozambique, iban a servir la inspiración lusitanísima de Don Carlos de Braganza, y del lado español la generación española que, *regando con su sangre las peñas de Marruecos*, proporcionaría la España, tutelada por Don Alfonso XIII, el magno sentido de Imperio y de Catolicidad que había de salvarla en 1939..." (Marqués de Quintanar, segunda edición española de *La Alianza Peninsular*, págs. XLII y XLIII).

postergados" (pág. 11). Refiriéndose en la misma obra concretamente a Tánger, dice: "Tánger no sería una túnica disputada por extraños si Portugal y España, en identidad perfecta de visión, mirasen más alto que a sus pasadas contiendas, sin significado hoy."

Cita Sardinha (nota de la pág. 407) en refuerzo de que su idea no refleja una opinión personal, sino una reivindicación patriótica con sus antecedentes bien marcados, la opinión expresada por Carlos Testa (1881), el cual, refiriéndose al porvenir que el destino reservaba al Imperio de Marruecos, decía: "Portugal, desde el punto de vista histórico, geográfico y político, debería y podría prepararse para en su caso aspirar a las competencias a que sus títulos habrían de darle derecho." Las declaraciones del fundador de la dinastía de los Braganzas a que antes nos hemos referido y que hablan de un Portugal que poseyese entre otros dominios *las plazas de Africa*, se consideran también con igual carácter de antecedente nacional.

Un poco imprecisamente toca también el ideal religioso: en la página 372 recoge la frase de Eça de Queiroz que, refiriéndose a la eterna cuestión de Marruecos, dice que "en pleno siglo XIX tenemos de nuevo, como en el Romancero, a la Cruz contra el Creyente y a España en su constante y laboriosa ocupación de *matar moros*". Idea que Sardinha suaviza (26), sin precisarla, añadiendo: "Si de nuestra parte, desde que en Alcazarquivir se hundió misteriosamente el victorioso Rey Caballero, Portugal no volvió como antes a combatir a los moros, un día lo hemos de ver, si no combatiéndoles, al menos combatiendo en el Norte de Africa junto a nuestra hermana España". "La diferencia que existe entre los pueblos de la Península y las in-

---

(26) "A pesar del inevitable resabio irónico de todo lo que escribía Eça de Queiroz, considerando a España la única nación heroica de Europa, consideraba igualmente a su "constante y laboriosa ocupación de "matar moros" no sólo como un acto de heroísmo, sino, principalmente, como un acto civilizador. No tomando al pie de la letra la frase de *matar moros*, efectivamente la guerra de Marruecos es en la horizontalidad sin grandeza de los días en que vivimos, seducidos los Estados apenas por la política materialista y ambiciosa del hierro y del petróleo, la única, si no la última, también, "guerra de civilización". (*A Larcira*, págs. 234-35.)

domables tribus del Norte de Africa es una diferencia de orden moral e histórico, beneficio recibido del cristianismo." "Trátase, pues, de un caso de estancamiento social, derivado sobre todo de la frágil infiltración entre ellos del cristianismo" (página 403).

En *A Lareira de Castela*, al insistir en el tema de que el moro se distancia de nosotros por la "ausencia de perspectivas sociales y morales que el cristianismo nos revela y nos ofrece", afirma: "Bautizar y traer por el camino difícil de la mayor edad a la patria latente que se encuentra en el Rif, es la misión de España en Marruecos." "Una nación, una patria, incorporada a la comunidad cristiana y europea despuntará presumiblemente más tarde o más pronto en el Norte de Africa. Y si nosotros pudiéramos trasponer las barreras de los años que de esa futura realidad nos separan presenciáramos seguramente a sus contemporáneos alabando a España y agradeciéndole su obra impercedera que ella cimentó con la sangre de sus hijos" (*A Lareira*, pág. 238).

Es lógico que Sardinha no pudiera pasar en su labor de la fijación de fundamentos claros y orientadores sin que le fuera permitido establecer por sí una teoría completa derivada de los mismos, no obstante su afirmación de que era necesario a todo trance a Portugal comprender y hacer suya la *cuestión candente* de Marruecos; en la época en que Sardinha vivió, esto no era posible. De una parte, Marruecos se desenvolvía en su anarquía atizada por estímulos extranjeros tan clara y justamente denunciados por Sardinha; la rebelión rifeña estaba en pleno apogeo. España se hundía cada vez más en el abismo a punto de perder su fe y su esperanza; Portugal sufría iguales efectos. Más tarde, un hombre, el mismo que en 1921 pedía el abandono de Marruecos, el general Primo de Rivera, había de alzarse contra la ruina de España y habría de cubrir una época gloriosa de gobierno; en ella la pacificación total de Marruecos sería alcanzada; los soldados españoles, esos que "supieron dar vida, en un siglo sin esperanza a toda la grandeza histórica de la Península", mostrarían al mundo que no había empresa imposible para el genio peninsular y daban amplio y fundamentado cauce a un renacer de esperanza no sólo a través de esa victoria militar, sino a través de una acción pacificadora que acompañó en todo mo-

mento a la acción de las armas, pero que ahora iba a poder desarrollarse plenamente con fraternidad confiada y fecunda de españoles y de marroquíes. Hubo que atravesar otro período de sombras, el de 1931-1936, pero él nos llevó ya definitivamente al umbral de nuestra era gloriosa coincidente con un renacer de Portugal en la paz, en el orden y en el trabajo, bajo el genio político de Oliveira Salazar y la figura venerable del General Carmona. Hoy para la Península es ya posible la realización del "mito del Sebastianismo", hoy la esperanza comienza ya a trocarse en realidades, el espíritu peninsular se reafirma, se fortalece la fe en nuestros altos destinos, se va realizando la rehispanización deseada y se hacen realidad "los altos designios de Ramiro de Maeztu y de Antonio Sardinha, cuyos designios en vez de bajar a la tumba con sus cuerpos mortales, andan hoy los caminos de la Península, llenando el aire de júbilo de fiesta" (27).

A través de esas realidades venturosas se fijan ya con claridad conceptos que en Sardinha quedaban difusos o imprecisos. Respecto a Marruecos, no caben hoy reivindicaciones de derechos materiales nacidos de una acción histórica pasada, todo ello se ha convertido en una acción eminentemente espiritual: ayudar fraternalmente a un pueblo hermano a salir de su atraso incorporándolo al nivel de sus hermanos para bien del mundo. Desaparece así la ambición colonista de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, que antepone a esa razón espiritual la material de intereses imperiales, de mercados y de cantera militar y queda puro otro concepto mucho más humano y mucho más en armonía con la alta misión espiritual que corresponde a la Península (28).

---

(27) Marqués de Quintanar, segunda edición española de *La Alianza Peninsular* (pág. XLV).

(28) Preocupaba a Sardinha en algún momento la idea de que su defensa tenaz y acalorada de la acción peninsular en Marruecos pudiera hacer sospechar de que estaba "ardiendo en bélicas arremetidas contra los moros". "Yo he reconocido aquí el parentesco bastante cercano que étnicamente nos liga a ellos. Pero reconozco también que si España no volviera a tomar la política histórica de Isabel la Católica y de Cisneros, España desertaría de su gran responsabilidad de creadora de nacionalidades." (*A Lareira*, págs. 237 y 238.)

Dentro de esa acción espiritual no cabe tampoco establecer zonas; en primer término porque Marruecos debe recibir el beneficio de la ayuda fraternal a través de su unidad y no cabe dentro de ella hacer diferenciación alguna; menos aún la de mantener a Tánger como algo especial dentro de Marruecos, ni la de reivindicar respecto a ella derechos históricos, ni invocar razones sin interés al servicio de un equilibrio imposible entre ambiciosas discordias coloniales. Tánger es una ciudad más del Marruecos unido con matiz propio y distinto, como lo tiene Fez, Marraquex o cualquiera otra ciudad marroquí, todas del Imperio y todas con fisonomía especial. Por otra parte, la historia prueba bien que la misión peninsular respecto a Marruecos es una misión de vuelos y de raíces nacionales, pero de realización específicamente andaluza. Cuando, terminada la reconquista, los marroquíes empiezan a asolar nuestras costas con atrevidas incursiones, llevan su acción a las costas de Málaga y de Cádiz, que son fronteras; España y Portugal discuten porque aunque Portugal, libre antes que España de la preocupación de la reconquista, ocupó primero Ceuta, España reivindica como misión suya específica la acción sobre las costas africanas que con ella se enfrentan y ello no solamente ocupando el Peñón de Vélez, que era zona de influencia portuguesa, sino manteniendo una pugna constante frente a Agadir, que era zona en el área de las islas Canarias, españolas también.

La cristalización efectiva durante todo el siglo xvi de la gran base africana del Puerto de Santa María, los abastecimientos que hacen desde ella los factores portugueses en momentos sostenidos y constantes de peligro para ese *Algarve de Alem Mar* que se sostiene tanto por el valor heroico y el genio colonizador de los portugueses como por el sentido de la doble fraternidad peninsular y cristiana de la Península que lleva a España a prestarle ayuda con igual fervor que si de empresa propia se tratara, ¿qué es si no la expresión elocuente de ese carácter específicamente andaluz de la acción peninsular respecto a Marruecos? Hoy la acción que no es militar, ni siquiera de influencia política que persigue finalidades materiales, tiene otra forma concreta de realización.

Lo mismo respecto a la acción religiosa: las ideas han evolucionado mucho. Numerosos investigadores, a la cabeza de los

cuales hay que colocar al maestro Asín Palacios, fruto privilegiado del genio peninsular, sostienen ya que la ciencia cristiana puede y debe, con sinceridad y ecuanimidad mayor que en los siglos pretéritos, deshacer las preocupaciones tradicionales y señalar preferentemente los puntos de contacto que con el Islam la unen. Asín se pregunta: ¿No habrá que desochar como apasionado prejuicio aquel juicio multiseccular que hacía de ambas religiones los términos irreconciliables de una antítesis? Para la ciencia religiosa no existe hoy la barrera infranqueable que parecía levantarse en la Edad Media entre cristianos y musulmanes y es hoy perfectamente justificada la fe que se tiene en los resultados que han de derivarse de la convivencia en el respeto mutuo de dos religiones que tantos contactos tienen y en la evolución de las ideas en el curso de los siglos. Hoy no puede decirse, como en los siglos pasados, que "moro" equivale a "anticristiano".

Salvados así los dos escollos (el de la reivindicación histórica y el de la diferencia religiosa) de las ideas de Sardinha que podrían dificultar el establecimiento de una doctrina común de España, Portugal y Marruecos, ésta puede ya intentarse. Sus líneas generales son las siguientes:

La misión peninsular respecto a Marruecos tiene como principal finalidad sacarlo del atraso en que se encuentra ayudándole fraternalmente con todos los medios en la tarea de recobrar su personalidad histórica. Es una misión que tiene los más amplios y sólidos fundamentos geográficos, históricos, étnicos, etc., y que ha de hacer revivir una rama del tronco hispano.

Esa misión respecto a Marruecos corresponde en la unidad de su ejecución a España. Sin embargo, tratándose de una misión amplísima que abarca tantos aspectos espirituales y materiales, Portugal ha de tener su puesto destacado y preferente en el cuadro de las colaboraciones necesarias a la obra de España.

Realizada la primera etapa de devolver a Marruecos su personalidad histórica con el auxilio peninsular, en la unidad de ejecución de España, los tres pueblos, Marruecos, Portugal y España, que viven en un área geográfica perfectamente definida que va desde los Pirineos al desierto, constituirán una federación de pueblos independientes, con personalidad propia subrayada, pero unidos para realizar una misión universal común.



Con ello quedan cumplidas todas las condiciones y servidas todas las razones que llevan a una aproximación de los tres pueblos: la seguridad peninsular queda garantizada por el propio Marruecos fuerte y hermano; la unidad y la independencia de Marruecos por la fortaleza peninsular. El desenvolvimiento económico, cultural, etc., garantizado en el cuadro común de los tres países. Y ello, solamente como base para la realización de dos grandes empresas: la participación destacada de la puesta en valor del continente africano, misión urgente e inaplazable de nuestra hora, y el renacer de una cultura y de un espíritu que ha de llenar de claridades a un mundo que se hunde en las tinieblas.

Alta y magnífica misión de paz y de amor que abre una nueva era al mundo y que devuelve a los peninsulares a través de la realización del mito magnífico de *encontrarse a sí mismos* en postura análoga a aquella en que se encontraron al iniciar la era de los descubrimientos, luego de afianzar con la reconquista la alianza peninsular y en cuyo período glorioso en el que el mundo era pequeño para los peninsulares, mientras un Papa lo dividía entre españoles y portugueses, el genio ibérico escribía con caracteres indelebles y magníficos "*el prefacio histórico de la Edad Moderna*".

TOMÁS GARCÍA FIGUERAS.



# CRONICAS

